

embargo, está indicando una poesía más segura, cuya proximidad vertical sentimos ya muy cercana.



<https://doi.org/10.29393/At159-328ATFY10328>

FELISA Y YO, por *Enrique Serpa*.—Editores *Alvarez Pita*.—
La Habana, Cuba, 1937.

El título de este volumen nos indujo a suponer que estábamos frente a una «novela rosa». Esto nos impidió, por algún tiempo, la excursión a través de sus páginas. Cuando empezamos a hojearlo, lo hicimos con desgano; pero rápidamente nuestra atención fué conquistada, desde el primer relato, que da el nombre al libro y que es una pieza de fina e incisiva ironía, donde la introspección juega una actividad de consistente volumen, a veces un tanto amarga y si se quiere, con cierto derrotado cinismo.

Desde la primera frase, este relato atrae: «Tengo una amiga que ha rehusado siempre ser mi amante». De escasa movilidad anecdótica, el monólogo y el diálogo, son los que lo animan. Una vena erótica, sin dramatismo, lo recorre y un sabor picante alegre a menudo sus páginas. O el personaje analiza y se analiza con cuidado:

«El deseo que no se satisface se transforma en sentimentalismo como se convierte en toxinas el alimento indigerido. Y el sentimentalismo, que no es sino una parodia de sentimiento, concluye, fatalmente, en algo igualmente hipócrita: se resuelven palabras. Como todo auténtico sentimental, yo no soy, en definitiva, sino un lujurioso tímido que se embosca tras una máscara.

«¡Si pudiera desaguar mi erotismo...!, continúa. Una buena limpieza sexual me dejaría claro el espíritu. Pero Felisa se niega, y tengo que resignarme al consuelo de las frases. Las escribo a todas horas: por la mañana, por la tarde y por la no-

che. Me sirve de aperitivo en el almuerzo y de fragante chocolate confortador antes de dormirme. Y los oculto en un cartapacio de piel negra, tan abultado ya que semeja una mujer encinta. Mirándolo, a veces, pienso: Va a mal parir. Y entonces, para evitar que estalle en un aborto, aligero un poco su vientre deforme».

Pero no todos los relatos y cuentos de este libro enfocan temas iguales o parecidos. Algunos hay, acaso, un tanto literarios y frívolos. «Cobardía», «Literato» e «Imprudencia», por ejemplo. Sin embargo, la mayor parte de ellos, se adentran en la vida densa, desgarrada, especialmente los que son protagonizados por seres humildes. La tragedia de un modesto empleado, después de haber sido un apasionado jugador y de haber estado largo tiempo cesante, y que juega todo su sueldo con la ingenua y profundamente sentida esperanza de duplicarlo, la pinta Enrique Serpa en «Baccarat» con maestría. La lucha entre el temor y la esperanza, de perder o ganar, el doloroso proceso subjetivo antes de decidirse, lo que hace casi como un sonámbulo, sin firmeza, impulsado obscuramente por la miseria y la realidad dura e indiferente, implacable con su sueño y el final, tan lógico, del protagonista, demuestra que Serpa se ha interiorizado en la psicología del jugador.

Dos cuentos breves, de ambiente marino, «La aguja» y «Aletas de tiburón», nos parecen de lo más logrados del volumen. El primero relata la pesca de la «aguja»—entendemos que es el pez espada—destacándose el peligro que corre el pescador al efectuarla. Hay emoción y certeza descriptiva. Aprehendemos fácilmente la alegría temerosa del pescador ante la posibilidad de un buen resultado, posibilidad aguijoneada y encendida por la miseria de todos los días y la angustia de que el pez pueda desaciirse del anzuelo o «volar y caer al bote», aplastando a sus tripulantes.

«La aguja nadó raudamente cerca de la embarcación, y, sacándola al aire, sacudió, encolerizada, su oscura cabeza.

Sobre la superficie líquida su cuerpo simuló el tronco de un árbol perfectamente liso. Y en ese instante Carlos, después de haber inclinado el busto hacia atrás, para impulsarse, arrojó el arpón. La aguja, alcanzada junto a la cabeza por el acero mortal, quedó bruscamente detenida, presa de locas convulsiones. Parecía querer recogerse en sí misma como un hombre aterrado. Su momentánea indefensión fué aprovechada por Carlos que, quitándole la barra al arpón, tiró rudamente de la estacha, para atracarla al bote.

«Pedro sonrió ampliamente, con la satisfacción de haber ganado una batalla. Dejó caer la cala, inútil ahora y tomó un trozo de madera para rematar al animal herido. Al mismo tiempo calculó, involuntariamente, lo que podría hacer con el valor de la aguja. «Pagarle al bodeguero sus cuatro pesos. Hacer un ranchito, siquiera para dos semanas: arroz, frejoles, manteca, tasajo . . . Pagar el cuarto. Si le quedaba algo, se compraría un par de alpargatas y una camisa».

«De repente, como si un aliento infernal la hubiese reanimado, la aguja dió un tremendo coletazo contra la embarcación, sacó de las manos de Carlos la estacha, y saltó en el aire.

«Un aullido desgarrador se crispó sobre el impasible silencio del mar. Y Carlos, enloquecido de horror y angustia, vió en el fondo del bote, confundidos en revuelto montón, el cuerpo ensangrentado de su padre (Pedro) y el de la aguja, que se desangraba en lenta y temblorosa agonía».

En «Aletas de tiburón» Enrique Serpa expone crudamente el medio de pobreza a que está sometido el pescador. Con firmeza objetiva, penetrante, observa su vida zarrapastrosa y miserable, sus días sin pan, la lucha continuada e inútil en pos de una existencia más adecuada. De fuerte realismo, el combate por el diario sustento lleno de riesgos previstos e imprevistos, aparece con dramaticidad escueta, con sequedad voluntaria. Como en «La aguja», el protagonista es también derrotado.

De intenso patetismo es el cuento «Miedo». Con elementos simples, la noche, el invierno y los aullidos de un perro, logra crear Serpa una atmósfera tensa, dolorosamente intranquila en que dialogan cuatro personajes y donde el miedo desarrolla su poderosa sugestión, siendo su presencia indecisa e impalpable el personaje concreto, creciendo su temor y su existencia.



LA REINA HATSHEPSUT, por Antonio Alvarez Pedroso.—Molina y Compañía. La Habana, 1938.

Es sabido que Marx hacía derivar la historia de la economía; Taine, de la geografía; Chamberlain, de la antropología y Spengler, de la cultura. Para este último, es la cultura la que explica la historia por la historia, sin necesidad de servirse de otras ciencias. Para el señor Alvarez Pedroso, profesor de historia de la Escuela de Derecho de La Habana es también imprescindible el estudio de la historia desde el punto de vista de las culturas. Hace suya la concepción spengleriana al considerar a estas como organismos vivos que nacen, se desarrollan y mueren, igual que un árbol, por ejemplo, que no puede crecer ilimitadamente, porque está sujeto a la insobornable ley de la muerte, después de haber pasado por el proceso de su germinación y desenvolvimiento. En *La decadencia de occidente*, dice Spengler: «Las culturas son organismos y la historia universal es su biografía. La gran historia de la cultura china o de la cultura antigua, morfológicamente, es la correlación exacta de la pequeña historia de un individuo, de un animal, de un árbol o de una flor».

Por consecuencia y considerando también los nuevos elementos de juicio que han proporcionado las modernas excavaciones que han evidenciado las culturas hasta ayer desconocidas o fragmentariamente entrevistadas, es necesario, dice